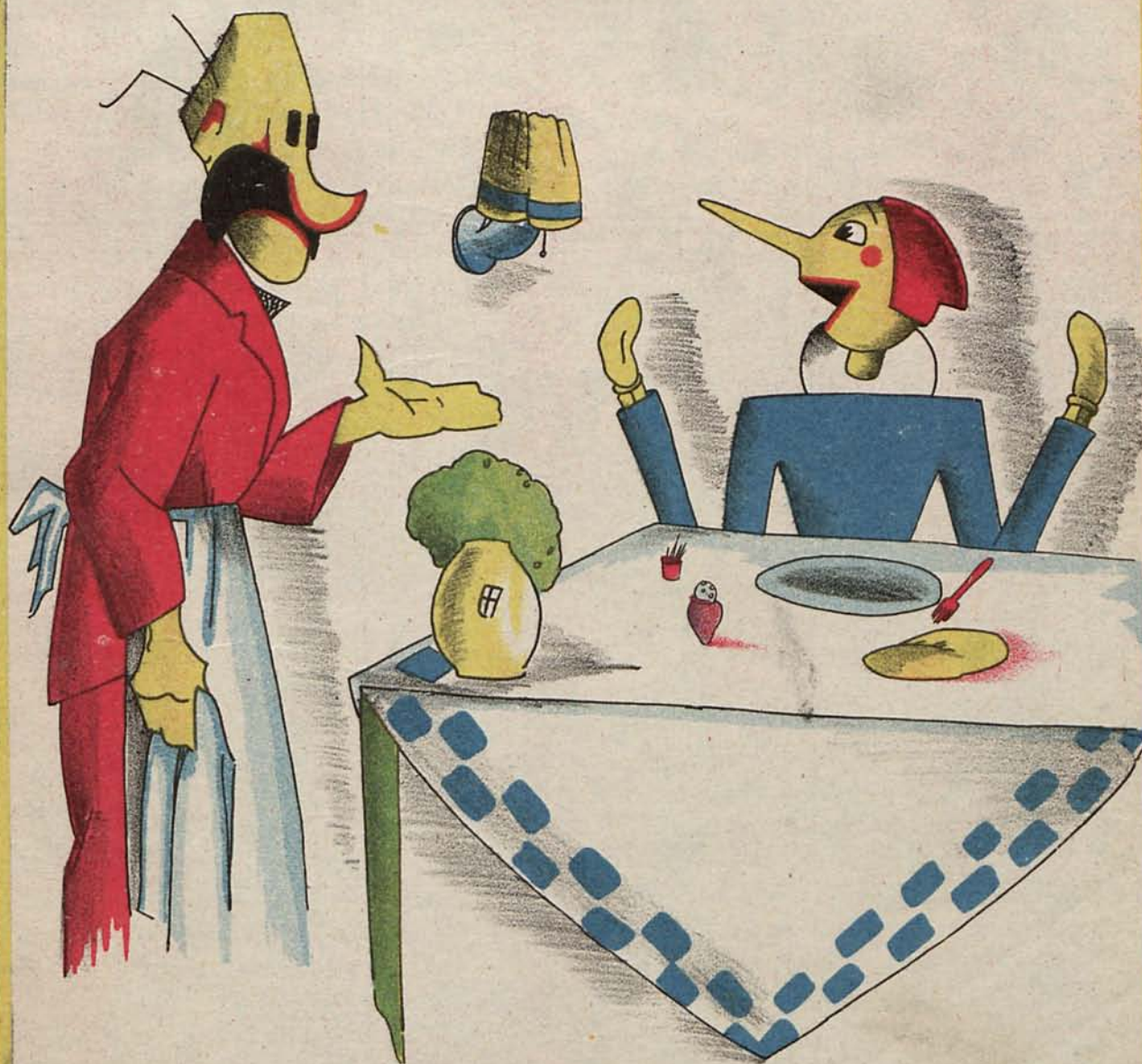


PINOCHO

AÑO. V
NUM. 233

25 cts

4 AGOSTO
1929



- MOZO: ¿TIENEN HIELO?
- SÍ, SEÑOR, PERO CON EL CALOR QUE HACE NO SE SI ESTARÁ MUY FRÍO.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.- SUSCRICION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28°17'

POR
E. GIOVANOLA Y A. N. BARBIERI

(Continuación)

me condujo para consultar los mapas y para hacerme ver en un escrito el precio anual en arriendo de cada hectárea de terreno y su precio de adquisición para el caso en que tuviera que cedernos algún lote.

Yo no presté sino aparente atención a todas esas condiciones de contrato; en verdad, no tuve ojos sino para observar, orientándome por el sol que estaba entonces poniéndose, que la pared occidental de aquella estancia daba a una galería alta, y era tan tenue que no podría esconder en su espesor el precioso misterio de una caja de caudales. Y mentalmente me apesadumbraba de que mis indagaciones terminaran así, con un éxito negativo.

Al día siguiente, a primera hora, despedíme de Sidi-ben-Omar que me saludó con gran efusión siempre en nombre de aquella inútil ciencia de la arqueología. Merced a una elegante *dahabia*, que mi aposentador había hecho disponer para mí, bajé de nuevo el curso del río y, a favor del viento y la corriente, pude llegar al Cairo poco después de las dos de la tarde de aquel mismo día. Inmediatamente hice mis preparativos para volverme a Europa. Era el 13 de Septiembre y en los últimos días del mes debía hallarme en París. Telegrafíé al abogado Galiani comunicándole concisamente el resultado negativo de mis pesquisas; con más detalle telegrafíé también a Ralph, a Bombay, informándole de todos los hechos nuevos que habían llegado a mi conocimiento, con la expresa recomendación de que se guardase de aquel otro misterioso personaje llamado Fayollet, y rogándole me escribiera pronto a mis señas de París.

Tras de esto, dejé sin más el Cairo, donde ni la belleza de la ciudad ni el encanto de su cielo tuvieron bastante poder para retenerme. En Milán, donde por razones personales tuve que parar algunos días, recibí un telegrama de Franco enterándome de que en París no se tenían más noticias que las mías. Y a París llegué en la mañana del 24 de Septiembre.

El asunto D'Alimand habíase convertido en mi obsesión. Yo no tenía otro pensamiento, otras preocupaciones que las referentes a las febriles investigaciones que se estaban realizando en tantas y tan diversas partes del mundo para adquirir las pruebas de la inculpabilidad del infelicitísimo condenado. Apenas vuelto al ambiente de mi vida normal, antes de que los deberes de mi cargo consumiesen entero o poco menos mi tiempo y mi actividad, quise tener datos de los nuevos personajes que habían entrado a formar parte activa en el complicadísimo asunto.

Busqué en la *Guía de la Ciudad de París*, en la letra F, el nombre Fayollet. Había varios Fayollet; un zapatero, un dentista, un banquero, dos herbolarios y un ingeniero. ¿Cómo encontrar a mi hombre entre estos comerciantes y gentes de carrera? ¡Era perderse en un dédalo! Busque en la letra A el nombre del otro consorte: Armagnac. Un cirujano, un industrial y... ¡Un relámpago de alegría fulguró en mis ojos! El tercer Armagnac figuraba allí como alto funcionario del Ministerio de Marina.

Por una rápida asociación de ideas ví en el acto una conexión de hechos entre este Armagnac, funcionario de Marina, el delito de Tolón y el perseguidor desconocido de D'Alimand. Parecióme poseer una de las varias llaves que debían de custodiar el misterio impenetrable de aquellas persecuciones simultáneas, y quise cerciorarme al punto de la verosi-

militud de mis hipótesis. Volar a la calle, entrar en el *metro*, apear me en la Estación de la Concordia, y subir al Ministerio de Marina, fué cuestión de media hora. Justamente en aquellos días debía discutirse en las Cortes un proyecto de ley sobre los armamentos de las costas del Mediterráneo, y esto podía suministrarme un buen pretexto para pedir una *interviú*. Presenté mi tarjeta de periodista, y pedí que me anunciaran al comandante Armagnac.

—El comandante Armagnac no está en París —fué la respuesta del ujier.

—Y ¿cuándo volverá?

—¿Quién puede saberlo? Pidió urgentemente hace ya días una licencia ilimitada, y se marchó en el acto.

—¿Para dónde, si puede saberse?

—Para América.

—¿Para América? ¿A...?

—A Nueva York, caballero—contestó él en seguida sin esperar siquiera que yo terminase la pregunta.

—Dispense—añadí echando mano al bolsillo —¿recordaría usted con precisión la fecha de su partida?

El ujier, complaciente, reflexionó algunos momentos; y luego dijo, con una breve vacilación al pronunciar la fecha:

—Fué... el 31 de Agosto.

VI

UN FRAC MÁS Y UN MISTERIO MENOS

Apenas hube llegado a París, donde pensaba hacer averiguaciones para aclarar muchos puntos oscuros del caso D'Alimand, cuando uno de aquellos terribles cataclismos periodísticos que constituyen los atentados anarquistas, ocupó enteramente mi actividad durante una semana.

Fué el 25 de Septiembre. La noticia se propagó por la ciudad con la rapidez del rayo; y con igual rapidez, en sus pormenores incompletos si no adrede inventados o por lo menos exagerados, fué transmitida por telégrafo y telé-

fono a los periódicos de todo el mundo. Siguieron los detalles y las aclaraciones, las insistencias o las rectificaciones, las particularidades difusas, los más minuciosos pormenores. Recibiéronse luego las comunicaciones oficiales, las notas diplomáticas cambiadas entre los gabinetes de las naciones a que el hecho afectaba—notas que, por ser secretas, eran presentadas de distinto modo por cada uno de los corresponsales—y, al fin, los comentarios, las variantes político-sentimentales de los articulistas más famosos y de los literatos de la Academia y las discusiones y polémicas de los más ilustres hombres de orden y los juristas acerca de las causas y los efectos de ese fenómeno social de la anarquía y acerca de los medios preventivos y represivos para combatir al terrible apostolado del delito político.

Pero el ciclón de noticias contradictorias, detalles, investigaciones, entrevistas, controversias y comentarios, había ya pasado. Por entonces había ya resumido en un suelto las impresiones del público parisiense respecto al hecho, sacando deducciones nada alegres; y, pasadas las cuartillas aún húmedas de tinta a uno de los dactilógrafos para que las copiase, estaba disfrutando de unos momentos de reposo tumbado en mi ancho sillón de mullida piel. Frente a mí, el abogado Galiani recorría entretanto con rápida ojeada el último número de la *Notizia* recién llegado entonces de Milán.

—¡Mira!—dijo de pronto mostrándome una hoja—Aquí publican tu última carta de Egipto, la de las Pirámides.

—¿Con qué título? Yo no se lo había puesto. Al pie de la Esfinge.

—¡Oh! un título demasiado pomposo para aquellas rápidas impresiones mías de paisajes histórico-arqueológicos, llamémoslos así. Pero de todas maneras el título se adapta bien a los fines y los resultados de mi viaje por Egipto. ¡Un enigma que no ha sido resuelto!

—Pero que puede estar en vías de solución...

—¿Qué quieres decir?—pregunté yo, admirado.

(Continuará en el número próximo).



COLORÍN y su PANDILLA





En Africa, como ya sabréis sin duda, los pobres negros que habitan en el interior son aun en nuestros días perseguidos por

bandas de bandoleros que después de haberlos hecho prisioneros los venden a negociantes árabes. Estas bandas se componen de hombres feroces para quienes la piedad es cosa desconocida. Bien armados y muy disciplinados se internan en el corazón del Africa, cercan las ciudades, incendian los caseríos y asesinan despiadadamente a todo el que se atreva a resistírseles, cogiendo prisioneros a los restantes, hombres, mujeres o niños.

Si lo dejan como inútiles a los viejos y a los enfermos, destinados a morir después de hambre en medio de las ruinas de sus aldeas o a servir de pasto a los leopardos y leones.

A los prisioneros los atan en seguida o los encadenan y a casi todos les ponen al cuello una especie de horcas de madera que les impide el huir. Si alguno de aquellos desgraciados intenta rebelarse, sus feroces guardianes los azotan hasta hacerles salir sangre con largos vergajos hechos de piel de hipopótamo o los matan a hachazos para escarmiento de los demás.

Durante meses y meses se les obliga a los pobres a caminar al través de los bosques y las selvas, casi sin darles alimento y bajo un sol implacable que los abrasa vivos.

Raro es que la mitad de ellos llegue viva a los establecimientos árabes donde son vendidos como simples mercancías al mejor postor, y ¡en qué triste estado llegan! Delgados que causan espanto, piel y

huesos apenas, cubiertos de horribles heridas producidas por los latigazos de sus guardianes.

Ya que os he explicado cómo tratan aquellas gentes a los pobres esclavos os voy a contar una dramática aventura que le ocurrió a uno de aquellos desgraciados escapado de la esclavitud por un verdadero milagro.

Hace algunos años recorría una banda de negreros las costas de Guinea para hacer correrías en el país de los asciantes.

Estaba compuesta de unos doscientos hombres capitaneados por un viejo árabe llamado Arussi ya famoso por su crueldad y por las numerosas expediciones que había hecho por el interior del continente africano.

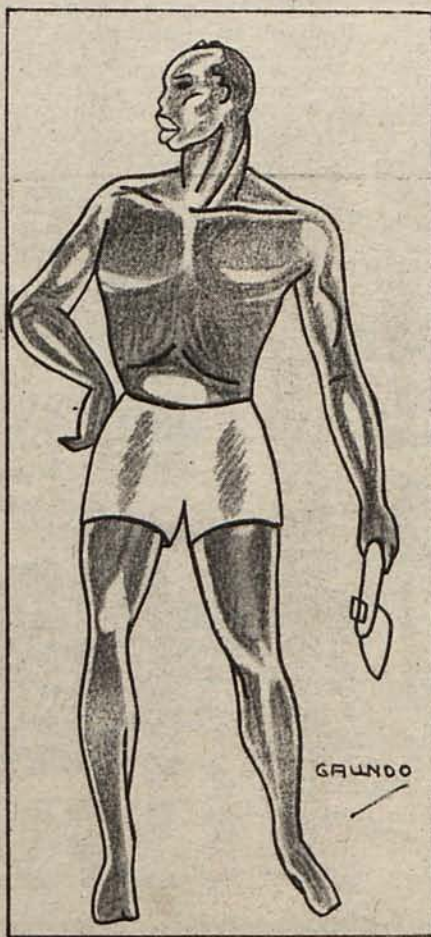
Una tarde, después de varias semanas de marcha,

llegó la columna a una aldea de negros, compuesta de unas cien chozas construidas con paja y barro. Arussi mandó a sus hombres que la asediassen y que hiciesen fuego sobre cuantos habitantes intentasen huir: después al frente de una columna de gentes escogidas avanzó hacia la aldea haciendo descargas de fusil.

Los pobres negros cogidos por sorpresa, empuñaron sin embargo sus lanzas y sus arcos para intentar una defensa desesperada. A su frente había un hermoso negro de unos veinte años llamado Sango, famoso en la tribu por su valor.

Sango, delante de todos, no daba tregua a ninguno de sus enemigos. Dotado de una fuerza hercúlea mataba a hachazos a cuantos se le ponían por delante logrando sembrar el terror entre las filas enemigas.

Pero sus esfuerzos fueron vanos. Los negreros tres veces superiores en número coparon a los defensores y prendieron fuego a las cabañas





obligando a salir a las mujeres y a los niños.

Enfurecidos aquellos bandidos por la heroica defensa se arrojan sobre los fugitivos, degüellan a los viejos, derriban a las mujeres y a los niños y al fin desarmen a los escasos defensores que aun resistían, entre ellos a Sango.

El jefe árabe había observado a aquel joven negro y no pudo menos que admirarlo. Cuando todos los prisioneros estaban ya atados y con las horcas al cuello mandó que le trajesen a Sango a su presencia.

—¿Eres tú quien ha capitaneado a los habitantes durante la defensa?—le preguntó.

—Sí—contestó el joven Hércules.

—Me has matado a siete de mis mejores hombres.

—Y más te hubiera matado si hubiese tenido en mis manos un arma mejor.

—Mereces la muerte.

—Mátame; yo no podría nunca resignarme a ser un miserable esclavo.

—Eres un muchacho demasiado robusto, querido mío, para que piense en matarte. Mi amigo Omar me

pagará muy bien tu cuerpo.

—¡Ahora te mato, vil canalla!—gritó el negro.

—¡Ehl ¡mi gentel—gritó el árabe furioso

—¡Dadle veinte zurriagazos para que aprenda a respetar a su amo y ponedle dobles cadenas.

Iban a sacar al negro fuera cuando una vieja negra casi desnuda y materialmente plagada de cardenales se arrojó a los pies del jefe árabe gritando:

—¡Perdón para mi hijo, mi amol

—¿Quién eres tú?—dijo Arussi empujándola con el pie.

—Soy su madre.

—¿Y tú te atreves a implorar por él al amo?

—Es mi hijo, el único que ha sobrevivido a vuestras matanzas.

—Prended a esa vieja loca y matadla a palos—dijo el árabe—. Está tan mal educada que no vale la pena de llevarla hasta la costa.

—¡Buen cuidado tendrás de hacer tal cosa!—rugió Sango amenazándole con el puño—¡Si te atreves a tocar a mi madre te mataré!

El árabe apenas se dignó mirarlo irónicamente y le volvió las espaldas.

Al día siguiente la caravana abandonaba las ruinas de la aldea ya casi convertidas en cenizas y se internaba por entre los bosques inmensos. Allí iban todos los prisioneros excepto la pobre vieja.

Su cadáver lo habían arrojado en medio del bosque para que sirviese de alimento a las fieras. Los latigazos con correas de hipopótamo la habían dejado muerta.

A Sango le habían situado en el centro de la

(Continuará en el próximo número)





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



¿SE PUEDE SABER POR QUÉ ESTÁ TAN PREOCUPADO? ME ESTÁ USTED ENVENENANDO LA VIDA CON ESA CARA SOY MUY DESGRACIADO, CURRINCHE. AYER LE PISÉ UN CALLO A UN SEÑOR, ME DESAFIÓ Y MAÑANA TENGO QUE BATIRME CON ÉL



YO HUBIERA QUERIDO QUE EL DUELO FUESE A BERBIQUÍ, PERO ÉL DIJO QUE TENÍA QUE SER A BOXEO

PUES RETRÁTESE CON NARICES PORQUE LUEGO LE VA A SER DIFÍCIL



TE ADVIERTO QUE ESTO DEL BOXEO ES CUESTIÓN DE ENTRENAMIENTO. SI TÚ DEJAS QUE TE DÉ CUATRO PUÑETAZOS BIEN DADOS ME PONGO AL CORRIENTE DE REPENTE

SE LOS DÁ USTED A SU SEÑORA TÍA



OYE, NIÑO ¿TÚ TE HAS CREIDO QUE MI SEÑORA TÍA ES TONTA?

YO NO ME HE CREIDO NADA. PERO EL SOBRINO DE MI TÍA TAMPOCO SE CHUPA EL DEDO

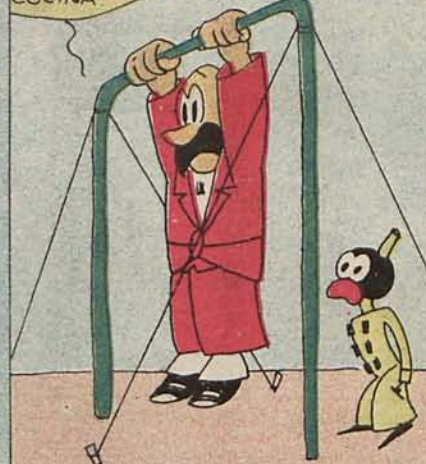


A MI LO QUE ME HACE FALTA ES MUCHO EJERCICIO DE BARRA FIJA

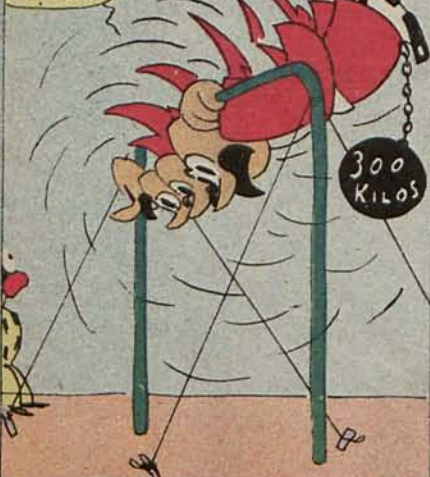
Y UNAS NARICES DE CEMENTO



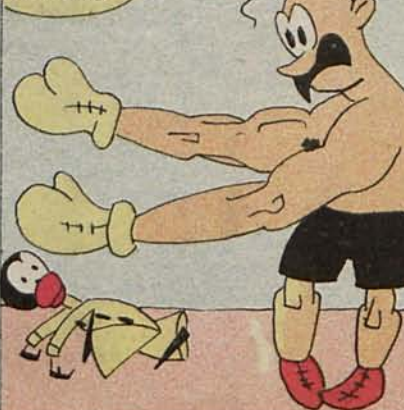
AHORA ÁTAME A LOS PIES LA PESA DE TRESCIENTOS KILOS QUE HAY EN LA COCINA



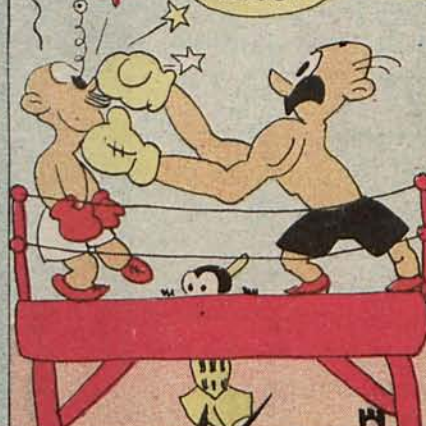
¿YES, NIÑO? ASÍ ES COMO SE HACEN BRAZOS



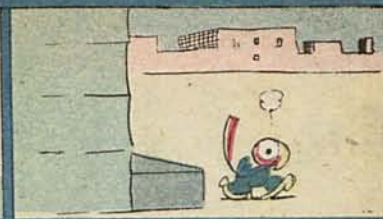
ANDA, VETE CORRIENDO A AVISAR AL SEÑOR ESE DEL CALLO Y DILE QUE VENGA A ESCAPE QUE LE VOY A DAR PARA EL PELO



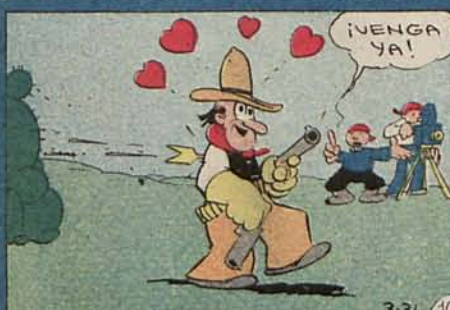
BUENO, SEÑOR; YA ESTÁ BIEN. YA SABE QUE TODOS MIS CALLOS Y LOS DE TODA MI FAMILIA ESTÁN A SU INCONDICIONAL DISPOSICIÓN



**LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA**



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



CUENTOS DE CALLEJA

KHAN KILIN-KON-KUN

Castillo

UN formidable estrépito de trompetas y tambores anunció en la capital del imperio chino que Su Majestad tenía algo que ordenar a sus súbditos. Los heraldos y trompeteros iban por las esquinas de Pekín repitiendo a grito pelado la voluntad del Emperador, y los transeúntes la escuchaban de rodillas y con la frente en el suelo, postura tan respetuosa como molesta.

Oigamos lo que dicen:

—¡Escuchad, bárbaros que tenéis la honra inmerecida de ser súbditos del gran Khan-Kilin-Kon-Kun, el protegido del Dragón blanco de las cinco uñas, descendiente en línea recta del Elefante verde, y en línea oblicua del Gran Pájaro sin cola, plumas, ni alones! ¡Escuchad, asnos, escuchad, imbéciles! ¡Escuchad! ¡Escuchad! ¡Escuchad!

A cada insulto los espectadores se daban de calabazadas contra el suelo gritando:

—¡Gracias, señor! ¡Qué boca de orol! ¡Bendito sea tu pico!

—¡Habéis de saber—continuó el heraldo—que Su Majestad Imperial ha decidido casar a su hijo el respetable e impenable Chin Chirrin Chin. Príncipe de todas partes, con la ilustre o zaparrastrosa japonesa que sea capaz de bordar las armas imperiales en la punta de una aguja de marfil de las que emplea Su Majestad para rascarse las orejas cuando le pican. Nadie se presente sin estar segura del triunfo; porque a la que no ejecute el bordado, ha dispuesto el Emperador—¡Dios le colme de salud por su bondad!—que le claven la aguja en la rabadilla, para que le sirva de adorno y, además, no pueda sentarse a gusto en toda su vida.

Acabado el pregón, heraldos y trompeteros se fueron a repetirlo por las demás esquinas de la capital del imperio, llevando detrás inmensa muchedumbre de curiosos dispuestos a aprendérselo de memoria.

Vivía en Pekín una pobre viuda con tres hijas hermosísimas, que se ganaban la vida bordando esos pañuelos tan lindos que causan admiración a quien los contempla.

La mayor se llamaba Chin-geo, que significa *Amor de su madre*; la segunda Ka-ki-la, que equivale a *Golondrina ligera*, y la menor, Chu-Ka-Fu, o sea *Luz de la selva*.

Las tres hermanas eran habilísimas, sobre todo la última, que bordaba unos pájaros hermosísimos con lindísima cola de colores. *Amor* era algo ambiciosa, *Golondrina* tenía suma envidia a sus hermanas, y muy especialmente a *Luz*. Ésta, en cambio, era un ángel de bondad, que idolatraba a su madre y quería entrañablemente a sus hermanas.

Cuando llegó a noticia de esta familia el pregón del Emperador, *Amor de su madre* se levantó con mucho orgullo de la silla diciendo:

—¡Al fin se va a hacer justicia a mis méritos! ¡Yo seré la Princesa de la Chinal *Golondrina* no la dejó concluir, gritando:

—¡Siempre has de ser tú la preferida! ¡Vaya con la niña; todo quiere llevárselo.

—Pero, hermanas—interrumpió la menor—, ¿os peleáis por el Príncipe antes de merecerle?

—¡También querrá esta pitusa casarse con el heredero del trono!—gritaron las dos hermanas.

—¡Quién sabe! dijo sin petulancia *Luz*.

Las hermanas mayores soltaron la carcajada. Creían a *Luz de la Selva* incapaz de pretender siquiera competir con ellas.

Entre tanto, el pregón de Khan-Kilin-Kon-Kun traía revuelto al país. Multitud de muchachas se rompían los dedos a bordar y se gastaban la vista en aquel trabajo tan pequeño.

Sólo *Luz de la Selva* siguió tranquilamente sus habituales trabajos sin importarle un comino del escudo imperial ni del Príncipe heredero. Lo que hizo fué escribir al Emperador el siguiente memorial:

«Señor: Lo que pide Vuestra Majestad para otorgar la mano de su hijo es una cosa imposible. Guárdese Vuestra Majestad





su Príncipe heredero, y haga acopio de marfil para las cien mil rabadillas que habrá que adornar el día del concurso, pero, seguramente, no se contará entre ellas la de vuestra súbdita

Luz de la Selva.

Llegó el día del concurso, y se vió que, en efecto, no había ninguna capaz de realizar el prodigio de bordar en marfil y en un sitio tan reducido, no ya el escudo imperial, pero ni siquiera la corona, y entonces el Emperador leyó la atrevida instancia de *Luz de la Selva*. Mandó que la llevaran a su presencia; pero sus hermanas la habían arrojado de su casa, por miedo a las iras del Emperador.

La infeliz salió de Pekín a pie y sin recursos, hasta que llegó a la orilla del mar. Se sentó en la playa, pidiendo a Dios consuelo en sus cuitas, cuando se oscureció el agua y asomó un pez enorme la cabeza.

—*Luz de la Selva*—dijo el pez—, mótate en mi lomo.

La pobre, llena de terror, obedeció sin darse cuenta, y apenas hubo montado en el lomo del pez, cuando éste se convirtió en un hermoso barco, con velas de púrpura y remos de plata. En la proa estaba un joven gallardo que parecía el jefe de la embarcación, el cual, acercándose a la asombrada joven, le dijo.

—Yo soy el Príncipe heredero del imperio chino, a quien ha encantado la prudencia de tu memorial. Lo que mi padre pedía era imposible, y lo hizo para probar el caletre de sus súbditas. De las cien mil tontas que se han presentado, no hay una que no haya salido llevando en la rabadilla el incómodo adorno de marfil. Sólo tú has tenido la discreción de no presentarte, y el valor de decir la verdad. He aquí dos hermosas cualidades que te hacen digna del trono.

Luz de la Selva bajó los ojos con modestia ante tales elogios, y aceptó la mano del Príncipe.

Púsose el barco en movimiento, oscilaron los remos de plata al rudo impulso de ocultos marineros, y a poco la dorada nave llegó al puerto, donde fué recibida con salvas de artillería, matracas y cohetes. El Rey Khan-Kilin-Kon-Kun salió a

la regia escalinata para presenciar el desembarco y saludar a su futura hija política, a quien calificó de la mujer más lista de todo el imperio.

—¡Ven acá, buena pieza!—dijo sonriendo el Emperador—. Me debes una explicación por tu memorial, que era un tanto irrespetuoso, y debo confesarte que estuve dudando entre degollarte y hacerte Princesa; pero este muchacho—añadió señalando al Príncipe—dijo que era una ganxada pensar en hacerte daño y yo, por no ser ganso, te perdoné. Vas a ser Princesa, y tienes derecho a pedirme una gracia.

—Señor—exclamó *Luz de la Selva*—, quisiera que mis hermanas vinieran a la corte conmigo.

—Sí, papá y muy señor mío—agregó el Príncipe—: que vengan las hermanas de mi esposa.

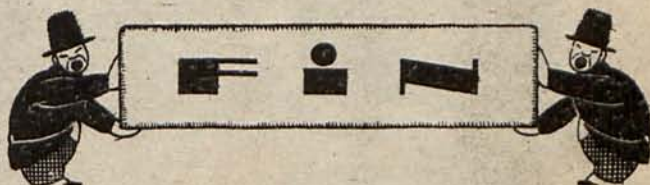
—¡Callad, tontos!—gritó el Emperador—. Todo os lo concederé menos eso. ¡Fuera, fuera! Sé lo que han hecho contigo, hija mía. Sin embargo, ya que tienes tan

buen corazón, las haremos marquesas, condesas, duquesas, lo que te dé la gana; pero que no vengan por acá, o hago que les metan por la coronilla una viga de moler aceituna.

Amor fué marquesa de la *Rabadilla*, y *Golondrina* condesa de la *Cola de marfil*, en memoria de los adornos que llevaron y les fueron arrancados por intercesión de su hermana.

Amor se hizo poner la corona de marquesa hasta en las suelas de las botas, y *Golondrina* la de condesa en las sortijas y en el vestido; pero todo el imperio se reía de su presunción y de su orgullo.

La discreción y la sinceridad premiadas: he aquí la moraleja del cuento; e intentar lo imposible es necia temeridad, de que debe huirse siempre.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Amigo Chonón ¿Has pensado ya en lo que hemos de hablar hoy?
—No he pensado en nada todavía, mi querido buho.
—Parece que estás muy mal humorado ¿te pasa algo?
—Sí, señor; algo grave; gravísimo. No hay cosa peor que tener en casa un gato ladrón, y yo tengo uno que si no fuera porque le he criado yo mismo con biberón, le llevara ahora mismo a la cárcel que es donde deben estar los ladrones.

—Pero hombre ¿no tienes escoba en casa?
—Sí que la tengo pero solo sirve para barrer y para que se la coma el gato. Tú no sabes lo que al mío le gustan las palmas de la escoba. Se dá cada atracón de escoba que para qué te voy a contar.

—Pero, bueno, ¿se puede saber qué te ha robado?
—Ahí tienes los restos. Ese plato vacío que ahí ves, estaba hace unos minutos lleno de riquísimo arroz con leche que un servidor se iba a comer para desayunar. Pero ese micifuz del demonio ha aprovechado mi ausencia de unos minutos para desayunarse en nombre y representación mía. Como lo vuelva a ver por aquí le salto un ojo.

—No será tanto, Chonón. Debes comprender que los animalitos no tienen conocimiento como tú. Eso te servirá de lección para que otra vez no cometas el imperdonable descuido de dejar el arroz con leche a disposición del gato.

—Créeme que estoy de él hasta la mismísima coronilla. Mucho lo quiero, pero si supiera donde vive su familia le escribiría ahora mismo para que se lo llevaras por lo menos una temporada. Oye, ¿a qué familia pertenecen los gatos?

—A la de los felinos.
—¿Como el león, el tigre y el leopardo?
—Lo mismo que ellos.

—Estonces no escribo, porque si lo pescase por su cuenta cualquiera de esas fieras que te he citado no iba a quedar del pobre gato ni el rabo.

—Sobre todo si cayera en poder del leopardo. Es el animal que más odia al gato. Y eso que el leopardo es el tipo de gato perfecto. Un gato gigantesco, con gracia y soltura en sus movimientos y precioso pelaje. ¿Quieres que hablemos hoy del leopardo?

—Con tal de que no hablemos de nada que se parezca al arroz con leche, lo mismo me da hablar de una cosa que de otra.

—Pues hablaremos del leopardo. Es este animal el carnicero por excelencia. Su patria es el Africa central, como lo es de casi todas las grandes fieras. Es animal que mide aproximadamente dos metros y medio, ocupando la cola una tercera parte de esta longitud. La cabeza es grande y redonda, el cuello y el cuerpo robustos y las garras fuertes y aterciopeladas.

—Como las de los gatos. Sobre todo fuertes para echar mano del arroz con leche abandonado.

—Su pelaje es de un color rojo amarillento. En el labio superior tiene tres fajas horizontales negras, muy anchas y sobre cada uno de los ojos existe otra faja negra más extensa. Lleva casi todo su pelaje salpicado de graciosas manchas negras de forma circular. En la región de las clavículas estas manchas se unen y forman elegantes fajas transversales. Hay una variedad de leopardos que habita en la región de Abisinia que tiene el pelaje completamente negro. Los abisinios lo persiguen mucho a causa de su preciosa y luciente piel.

—¿Y dices que solo hay leopardos en Africa? Yo he leído libros de aventuras y recuerdo escenas ocurridas en la India entre cazadores y leopardos.

—Es cierto, Chonón. También en Asia hay leopardos, pero no abundan tanto como en Africa. Prefiere para vivir, la selva a la llanura y muchas veces se retira a los macizos montañosos cuya rica vegetación les ofrece abundante caza y excelentes guaridas.

—¿No se acerca, como el lobo, a los poblados?

—El lobo baja a los poblados cuando se vé acosado por el hambre pero el leopardo no deja llegar la ocasión de que el hambre le mortifique. Cuando en un país le falta el alimento se traslada en seguida a otro. No tiene nunca residencia fija y se traslada de sitio según le convenga.

—Debe de ser muy peligrosa la caza del leopardo ¿verdad amigo buho?

—Ofrece, desde luego, muy serios peligros. Lo mismo que el tigre y el león, en cuanto se sienten heridos o simplemente acosados, se lanzan contra sus perseguidores con furia inusitada. Es preciso, pues, que el cazador tenga puntería certera para derribar a su víctima del primer balazo. Es casi necesario ir acompañado de buenos perros para que éstos lo entretengan mientras el tirador asegura la puntería.

—¿Y qué pasa si yerra el tiro?

—Ya te lo he dicho antes. Se expone a morir despedazado entre las garras del leopardo. Pocos cazadores se atreven a ir a cazar leopardos sin perros. Cuando lo hacen, se rodean el brazo con una gruesa piel, armándose de un puñal muy ancho y cortante; si no se toca al leopardo o si su herida es leve, precipitase inmediatamente sobre su agresor, quien le presenta su brazo cubierto, y cuando le muerde el animal furioso, el cazador le atraviesa el corazón con su puñal.

—Ya hace falta valor y sangre fría.

—Y poco miedo a perder la vida, porque en algunas de estas luchas el cazador no ha podido resistir el empuje del leopardo, ha caído al suelo, y la fiera lo ha hecho pedazos.

—¿Come mucho este animal?

—No lo creas. Es animal poco comedor. En los parques zoológicos se le alimenta con poco más de un kilo diario de carne. Lo que más necesita es calor y aseo. Le ocurre exactamente lo mismo que al gato. Se pasa grandes ratos dedicado al aseo de su cuerpo. La lengua le sirve de cepillo, de esponja, de peine y de toalla. No tolera la suciedad en ningún aspecto. Antes pasa hambre que comer un alimento que esté sucio. Escoge para reposar el rincón más limpio de su jaula. Duerme mucho, pero su sueño es muy frágil y al menor ruido abre los ojos, endereza las orejas y se manifiesta vigilante e inquieto por todo lo que le rodea. Lo que más le irrita es que le manchen la piel que él procura mantener siempre en perfecto estado de limpieza.

—¿A tí te dan miedo los leopardos?

—A mí, ni tanto así. Pueden más mis alas que toda la rapidez de sus saltos. Más motivos tienes tú para temerles.

—Pues tampoco les temo nada. Yo tengo en mi casa una de piel de leopardo con una cabeza que a otros les daría miedo. Tiene la boca abierta y unos dientes como puñales y, sin embargo, yo la piso como si tal cosa.

—Es que tú, gran Chonón, eres un valiente.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE AGOSTO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Busto de Chrrincho
F. G. H.



Retrato
José Cautín



El califa
R. Jaraquemada



Mi tío
A. Martín



Cañamón
T. Ibarra



Noche de Reyes.—R. J.



Don Turu
Vicente Carraceda



Carrincho a la comisaría
María Laja Bryan



Un aviador
Nicasio, 7 años



Un militar
R. Jugo



Pinocho en auto
Rosarito Peso



Un buen par
Marta Molina



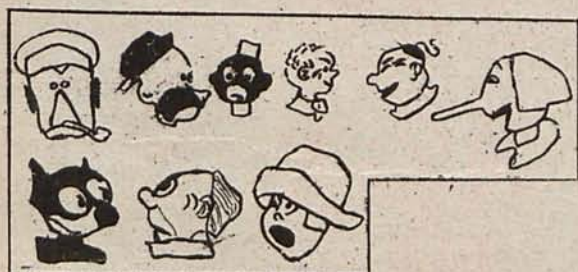
Mi erriada
C. Revilla



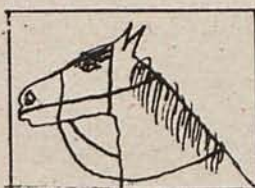
Un nazareno
C. Sevillano



Leon San Martín
Retrato



Mis mejores amigos
Jacinto Laguna



Mi caballo comisario
R. Jaraquemada, 10 años



Cabeza
I. Jaraquemada



Pollo plátano
M. A. de Sotomayor



Pinocho
Luis Gabriel



Mi simpático Sparkito
Teresa García



Un estudiante
María Barrio



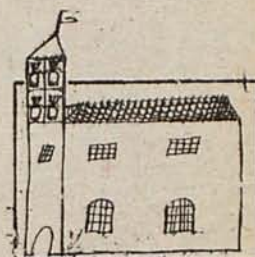
Escudo cubano
Virgilio Tarancón



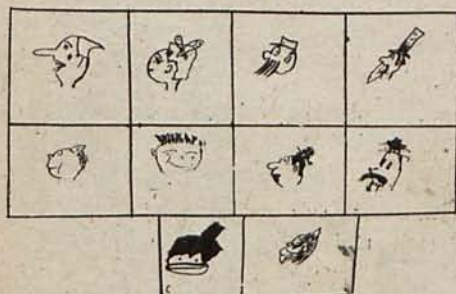
Del Far-West
M. A. S.



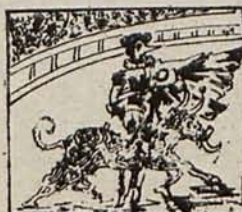
Un gigante
J. Antonio Urgollia



La iglesia de Pinocho
Alfonso Barrera



Grandes esculturas.—Alfonso Bosch



Pinocho torero
Ricardo Bosch



M. de escuadra
F. B. de Colmenares



Tín
Antonio Iruretagoyena



Una rana
Félix Puig

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE AGOSTO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EL DIBUJANTE LOCO.



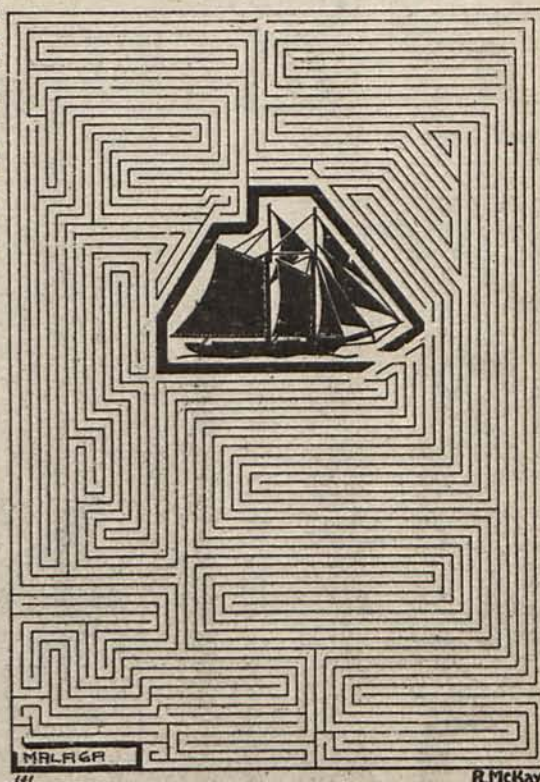
LOS TRES PERROS

Recordáis a aquel dibujante loco que tantas horas de angustia os hizo pasar? Bueno, pues cuando creíamos que había recobrado la razón nos encontramos con la desagradable sorpresa de que no ha sido así. Contemplad, sin ir más lejos, el presente dibujo, y veréis, de manos a bocas, nada menos que quince equivocaciones. Decidnos si esto no es obra de un loco. Claro está, que nosotros, aparte de los dibujos, ya veníamos notando en él algo anormal; sobre todo una obstinación muy grande en pedirnos dinero, síntoma indudable de demencia dado lo exhausto de nuestros bolsillos.

CUPÓN DE SOLUCIONES DEL MES **233**
DE AGOSTO

Envío del Pinochista D.

LA CARABELA



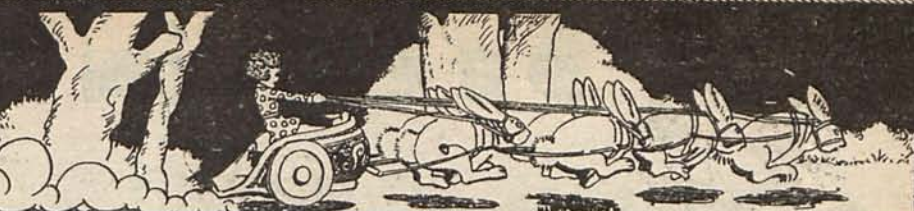
¿Qué camino tiene que recorrer esta carabela para llegar a Málaga?

Aunque parece que no, hay además de los animales que véis en el dibujo, tres perros más. ¿Dónde están?



ANITA

BUEN- CORAZON



SECCIÓN PIRULA



PIRULA, MODISTA ECONÓMICA.—Los trajecitos de algodón y sus cuellos.—Hay un refrán que dice: «Aunque la mona, se vista de seda, mona se queda».

Pues bien, yo he modificado este refrán para uso de mis lectoras. Digo: «Aunque una Pirulinda, se vista de algodón o de seda, mona, monísima se queda».

En invierno gastáis preciosos vestidos de seda, crespón de Chin o crespón *Georgette*, que lleváis debajo del abrigo cuando vais al teatro o a alguna fiesta infantil.

Pero lo que es ahora... si, también es probable que, si veraneáis en un lugar donde hay un Casino de cierta categoría, llevéis vestidos de seda para tomar parte en los bailes de niños. Pero para estar en la playa, para jugar en el jardín, para pasear por la sierra, para corretear por el campo, la seda me parece impropia para vosotras, aun cuando se trate de tejidos resistentes como el tursor, el chantung, o la *toile* de seda.

En cambio, los vestidos de *toile* de hilo son muy agradables, fresquitos, fuertes, y se prestan a hacer en ellos sin dificultad alguna, dado el grueso de la trama, vainicas preciosas, pero tienen el defecto de arrugarse con excesiva facilidad.

Lo más indicado para vuestro vestuario veraniego de diario, son pues los tejidos de algodón; con ellos estaréis, como siempre, monísimas (ya lo dice mi refrán) y además ofrecen dos ventajas inestimables: una que podéis divertirlos sin temor, pues aun cuando los destrocéis el accidente no tomará visos de catástrofe ni para el alma de mamá... ni para el bolsillo de papá.

Y la segunda ventaja es que, con un vestido de algodón, estaréis este verano muy elegantes, pues lo mismo la vuela, que la cretona y el céfiro están ahora muy de moda, no solo para las niñas sino también para las señoras.



Con la vuela de algodón lisa podéis realizar hasta vestidos «de vestir», como se dice (muy mal dicho, a mi entender, porque jaca-so los demás vestidos son «de desnudar»? adornados con cintas de terciopelo y con encajes; pero yo me refiero ahora, a los trajecitos de diario, y estos serán, preferentemente de vuela estampada, de cretona florida, o de céfiro.

Si el vestido es de vuela, os aconsejo que no le hagáis plisado; se desplazaría con facilidad y resulta bastante molesto de planchar.

Para dar vuelo a las falditas de vuela (esto parece un chiste, pero no lo es) lo mejor son los frunces, los canelones, y la «forma».

En cambio la cretona y el céfiro, se prestan a toda suerte de tablas y plisados. La cretona en cuestión es la misma que

sirve para hacer cortinas, o almohadones; lo cual no quiere decir precisamente que si queréis un vestido de cretona no tenéis más que envolverlo en una cortina, y si os cansáis de llevarlo no tenéis más que colgarlo ante una puerta o una ventana.

En cuanto al céfiro, que se utiliza a cuadros, a listas o a lunares, es el mismo que sirve para hacer las camisas de hombre; y aquí si que os puedo decir que si vuestro papá os quiere regalar una de sus camisas, podéis fabricaros con ella un trajecito estupendo.

A todos estos vestidos de tela de algodón, les pasa algo de lo que al biftec, que lo mejor que tiene son las patatas fritas que le rodean, o al chocolate cuya parte más sabrosa son los picatostes, los churros o los bizcochos, y a la langosta de la cual lo que más apreciamos es casi, casi, la salsa mayonesa con la cual suele servirse.

Quiero decir que lo más encantador de nuestros trajecitos de vuela, céfiro o cretona, son sus cuellos.

Si el traje es de céfiro (cuyos dibujos suelen ser geométricos) su hechura será de un estilo camiserero, con falda tableada y cinturón de piel; por lo tanto, le irá muy bien un cuello de *toile* de hilo, color crudo, festoneado y con bódiques bordados, en el mismo color que los dibujos de la tela.

Si el traje es de cretona florida o de vuela, nada más indicado que un cuello de organdí blanco.

Lo mismo que lo más encantador del traje es su cuello, el encanto del cuello reside principalmente en su borde, que puede variarse hasta el infinito.

El cuello puede ribetearse con una estrecha puntilla blanca u ocre (si se prefiere ocre, lo más económico es comprarla blanca, y teñirla luego con un poco de té); o con un vivo de color; o con una jareta, pegada con vainica; o con festón muy tenue; o con un plisado menudo; o con un galón de algodón blanco, muy estrecho, de esos que forman un zigzag y se llaman «de serpentina»; o con varias hileras de pespuntos; o con varias jaretitas microscópicas; o con un estrecho volantito plisado, o plisado con la orilla desplisada; «tc., etc.».

Sean como sean el traje y su cuello, de todos modos, ya lo sabéis, habéis de ser siempre monas... monísimas.

